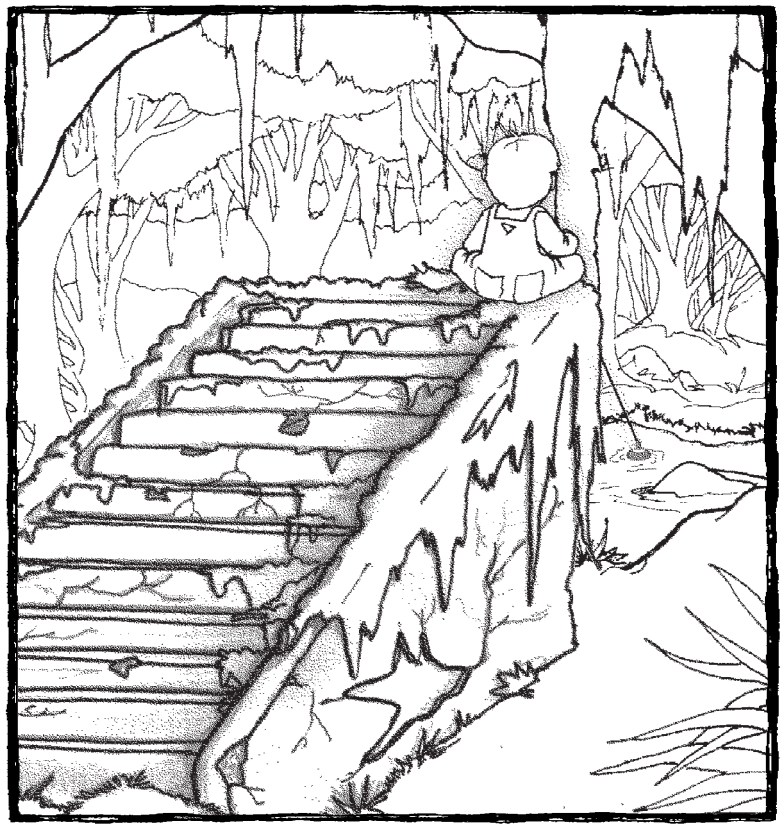
De pesca en Villa Tranquila

Un libro de lectura de Reading A-Z • Nivel R
Número de palabras: 1,671

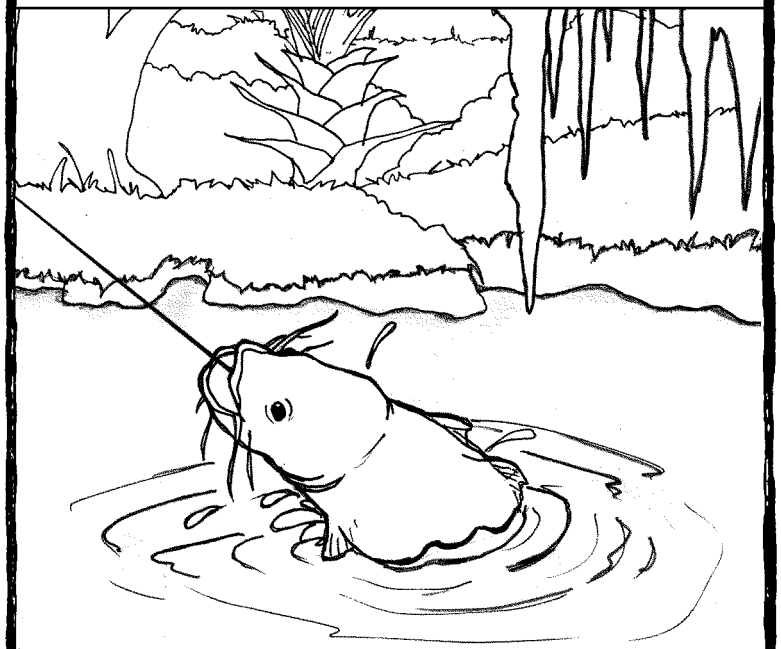


Reading a-z

Visite **www.readinga-z.com**
para obtener miles de libros y materiales.

LECTURA • R

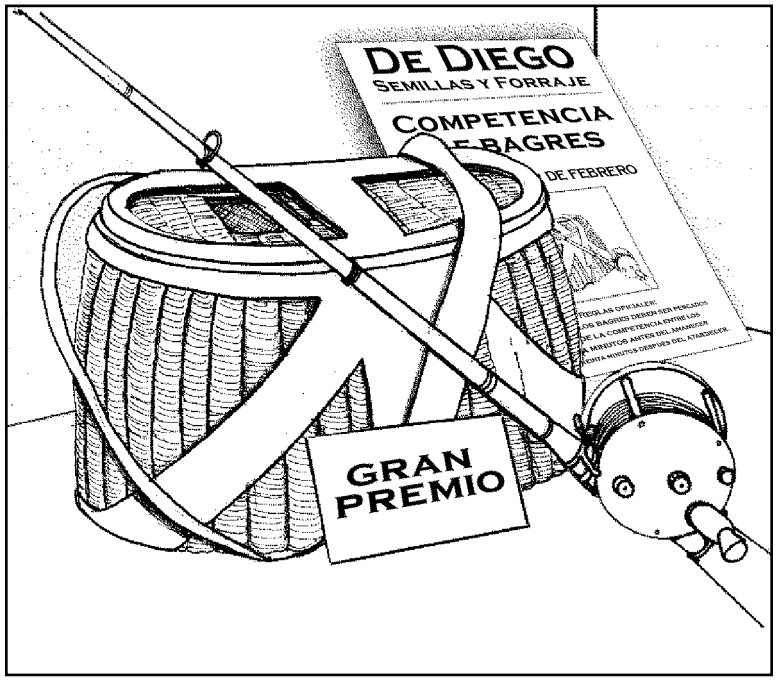
De pesca en Villa Tranquila



Escrito por Stephen Cosgrove
Ilustrado por Kevin McCarthy

www.readinga-z.com

De pesca en Villa Tranquila



Escrito por Stephen Cosgrove
Ilustrado por Kevin McCarthy

www.readinga-z.com

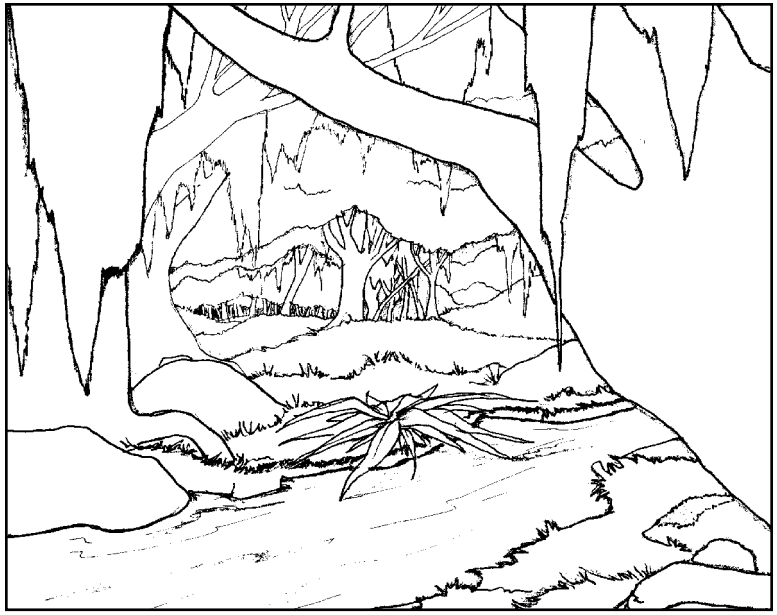
De pesca en Villa Tranquila
(Fishing in Simplicity)
Libro de lectura Nivel R
© 2002 Stephen Cosgrove
Escrito por Stephen Cosgrove
Ilustrado por Kevin McCarthy
Traducido por Lorena F. Di Bello

ReadingA–Z™
© Learning Page, Inc.

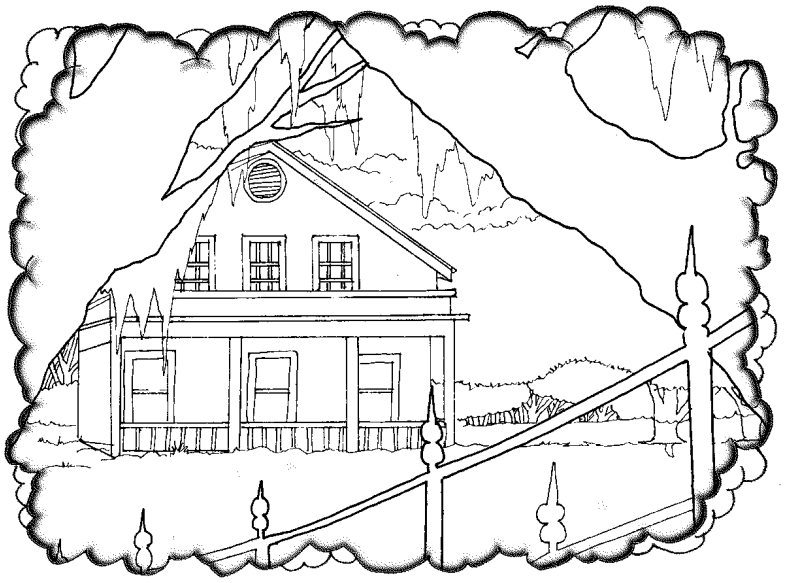
Todos los derechos reservados.

Learning Page
1630 E. River Road #121
Tucson, AZ 85718

www.readinga-z.com



Vivo en Louisiana, no muy lejos del lago Charles. Es un lugar bastante tranquilo rodeado de un canalizo y serpenteados arroyos de melaza, donde el agua apenas se mueve. Los arroyos saben que finalmente terminarán perdidos en el océano, una gota en el balde, por así decirlo, y no tienen ningún apuro por llegar allí. Este lugar es tan bueno como cualquier otro para andar sin rumbo, y cuando digo “este” hablo de mi pueblo, Villa Tranquila en Louisiana. No hay mucho en el pueblo. Creo que es por eso que el nombre le sienta tan bien.



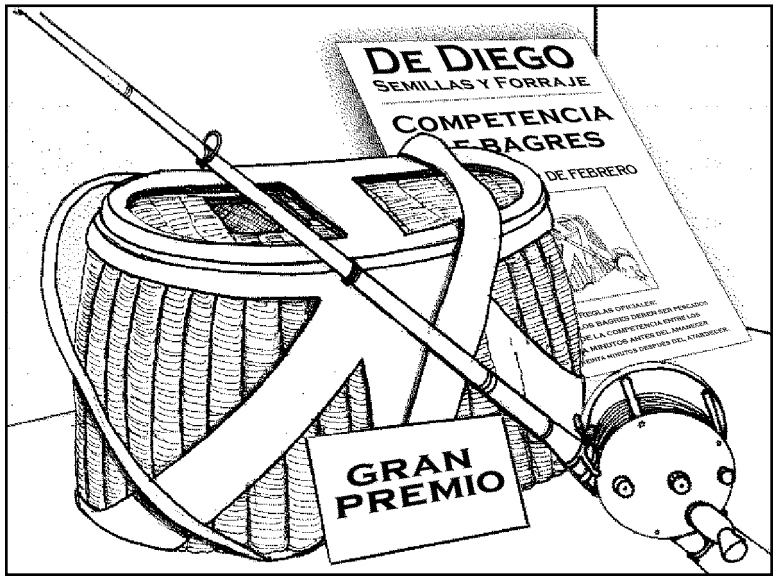
Fue en estas aguas tranquilas de Villa Tranquila cuando a los ocho años hice lo que consideré el más histórico de los descubrimientos. Una de las cientos de lentas noches de verano, mi abuelito me contó la historia de una casa perdida en los pantanos donde los esclavos solían esconderse antes de la Guerra Civil. La vieja casa ya no está, pero la historia dice que el lugar parece que se ilumina de vez en cuando, llena de fantasmas y cosas así. Lo único que queda de la casa es una escalera que no va a ningún lado. Es por eso que, creo yo, la llaman la casa Invisible.

Es por eso que cuando encontré una vieja escalera de piedra que terminaba en un hoyo de aguas sucias que alimentaban el arroyo Melaza, pensé que seguramente había encontrado la casa Invisible. Mi abuelito sólo rio y rio. Él dijo que era la antigua casa Deucane que desapareció con la inundación del 63. No queda nada excepto los trece escalones que suben y luego una larga caída al agua.

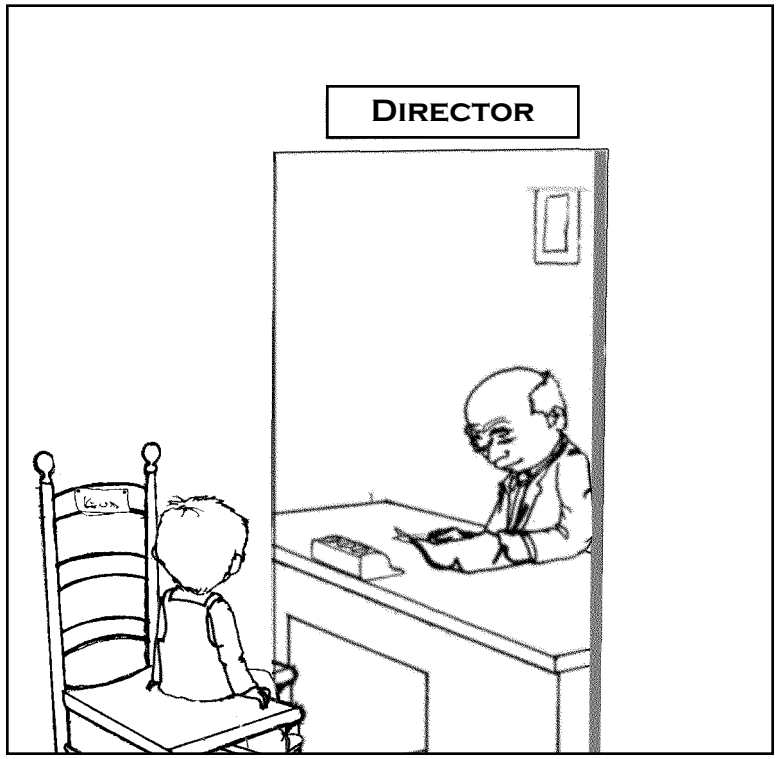
Menos de mil personas viven en Villa Tranquila, y la mayoría de ellos trabajan para De Diego Semillas y Forraje o directamente no trabajan. De Diego hace de todo: es un molino de harina donde se muelen granos, y hasta tienen un cobertizo en el que transforman pimienta de Cayena en una salsa picante que podría dejarle ampollas al sol. Frente al molino de harina y el depósito de madera está el gran almacén donde puedes comprar realmente de todo: un cuarto de leche fresca, salchichas para asar, nísperos, cangrejos vivos y hasta un equipo de pesca y señuelo.

Era el equipo de pesca lo que me atrajo al almacén De Diego. Cuando yo tenía nueve años, no tenía un centavo en el bolsillo, pero eso no me impedía recorrer el sector de pesca con deseo.

A comienzos de la primavera de mi cumpleaños número diez, De Diego decoró la vidriera principal de la gran entrada del frente del almacén con una caña de pescar y todo el equipo. No era una de esas cañas largas de bambú como la que usaba mi abuelito, era un carrete de enrollar con una caña hecha de fibra de vidrio.

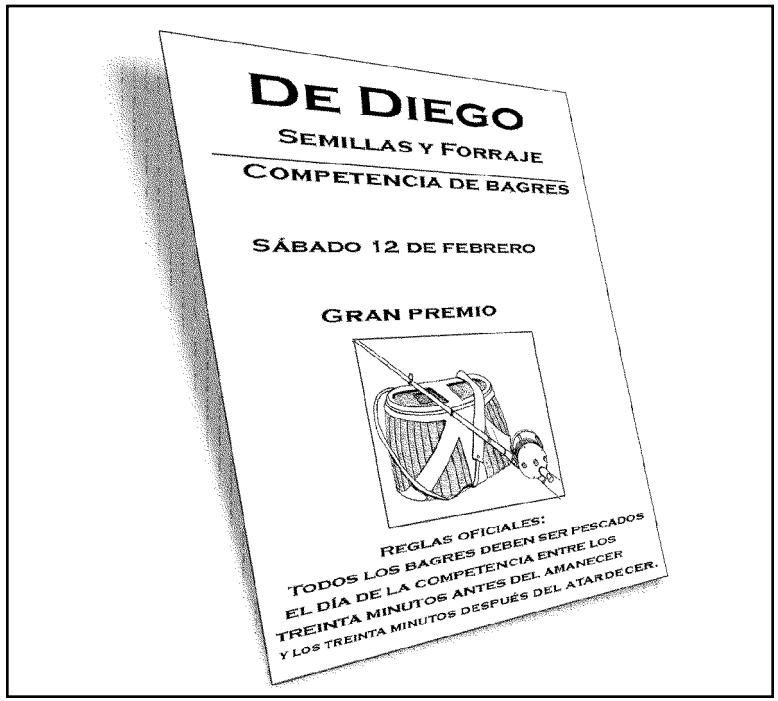


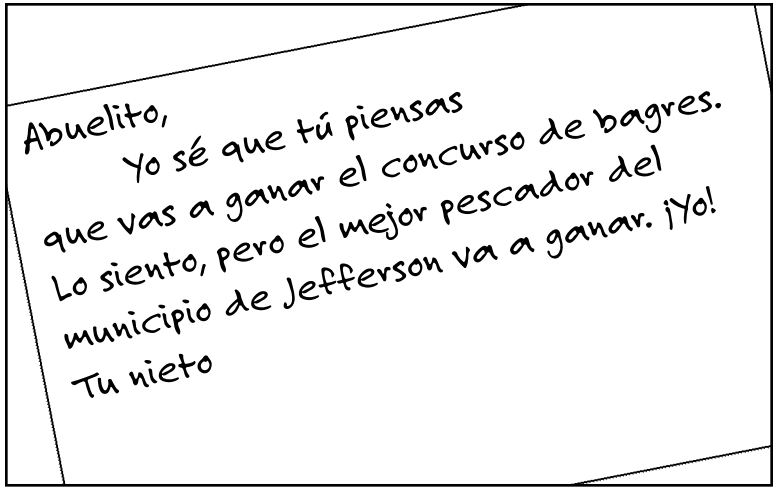
Deseaba esa caña desesperadamente. Temprano a la mañana, antes de que el sol se pusiera imposible, me paré frente a la vidriera y me quedé mirando. No sé cuántas veces me encontré parado allí mirando cuando escuché el timbre de la escuela que sonó al otro lado del pueblo. Llegaba tarde tan seguido que el director, el Sr. Dopico, pegó un pedazo de papel que tenía mi nombre en la silla que estaba afuera de su oficina.



Ahora bien, me encantaba pescar, no había nada mejor, pero no tenía un equipo lujoso. Sólo tenía un largo de hilo de pescar con una boya y un anzuelo sin lengüeta atado en el extremo. Siempre tenía el hilo de pescar enrollado en mi bolsillo porque nunca sabía cuando se presentaría una oportunidad de pescar.

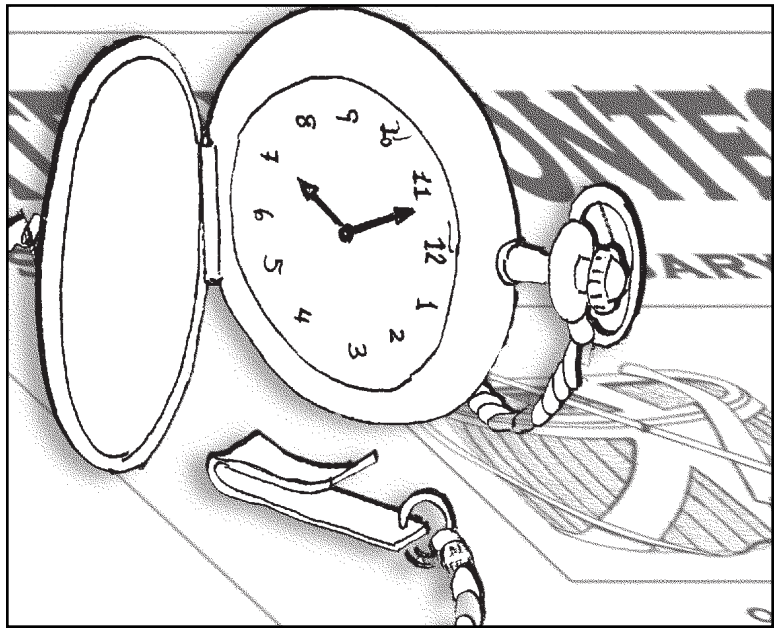
A veces la oportunidad sí golpea tu puerta, y cuando lo hace, mejor que abras la puerta rápidamente antes de que se escape. El miércoles, dos semanas después de Pascuas, había un cartel en De Diego. El cartel anunciaba una competencia de pesca de bagres. No era una gran cosa para Villa Tranquila, tenemos competencias de pesca de bagres todo el tiempo. Lo que hacía que esta fuera especial era el premio: la caña y el carrete que estaban en la vidriera.

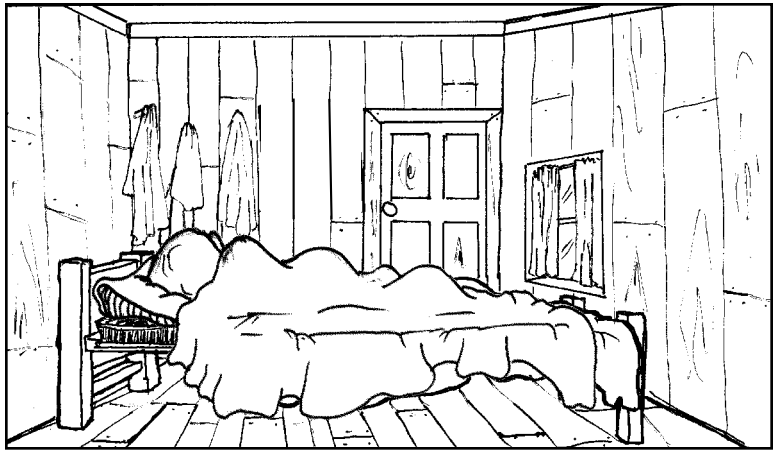




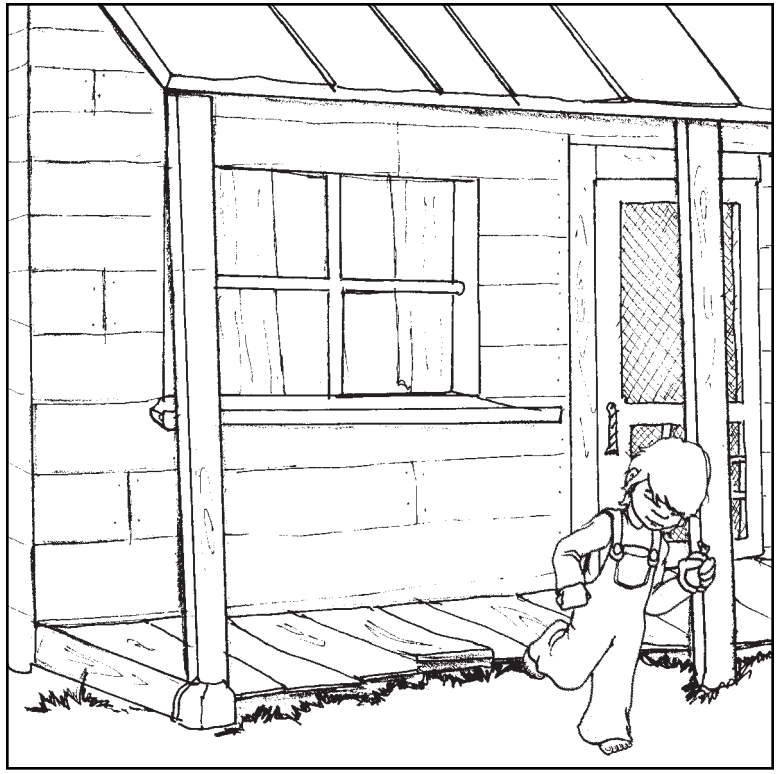
Podía tener sólo diez años, pero tenía más suerte con los bagres que cualquier adulto del pueblo. Hasta mi abuelito lo decía, y eso era bastante duro para él porque era muy bueno en lo suyo. Él también estaba encantado con la competencia. Verás, él pescaba con una gran caña de bambú vieja y una línea simple, y ese equipo de lujo sería un orgullo para él. Fue mi abuelito quién primero me enseñó a pescar, pero seguí aprendiendo. Esa caña iba a ser mía, y se lo dije. Así que terminó habiendo una competencia dentro de la competencia, yo contra mi abuelito. Pero mi abuelito nunca supo que yo tenía un plan secreto.

Había dos reglas básicas: sólo podías atrapar un bagre fresco el mismo día que se realizaba la competencia, y había un límite de tiempo. Dado que la mayoría de las personas que viven aquí no tienen reloj, se reglamentó que el concurso terminaría media hora después de que oscureciera, treinta minutos después de la puesta del sol, sin excepciones. En otras palabras, si estabas pescando y empezaba a oscurecer, te convenía ir corriendo a De Diego con lo que fuera que hubieras pescado.





Tuve un comienzo realmente malo. Mi abuelito me dejó durmiendo intencionalmente. No trató de despertarme para nada. Se preparó un termo de café y salió a hurtadillas rumbo al riachuelo. Me desperté transpirado por el sol que me daba de lleno en la cara, un mal signo de que serían las diez más o menos. Debería haber abandonado mi plan secreto en ese mismo momento, pero como mi abuelito, no soy de los que se dan por vencidos en casi nada. Me puse unos jeans gastados, me tiré por encima una camiseta, y metí la línea de pescar enroscada en mi bolsillo. No me puse zapatos. Hacía calor, y de todas formas siempre pensé que los zapatos traían mala suerte. Ahora necesitaba toda la suerte que pudiera tener.



El golpe de la puerta con mosquitero despertó al perro del vecino cuando me escapé de casa y me fui al trote por el camino del riachuelo Chigger. No era en sí un camino, sino un surco de polvo que serpenteaba a través de los cedros del pantano y las magnolias lloronas. En el camino, pude escuchar al abuelito que estaba abajo en el riachuelo riéndose de mí cuando yo pasé por al lado.

Aunque era tarde, me mantuve firme a mi plan: pescar desde el escalón de arriba de la inundada casa Deucane. Tenía el presentimiento que habría un gran bagre allí con mi nombre escrito, igual que en mi silla en la oficina del director.

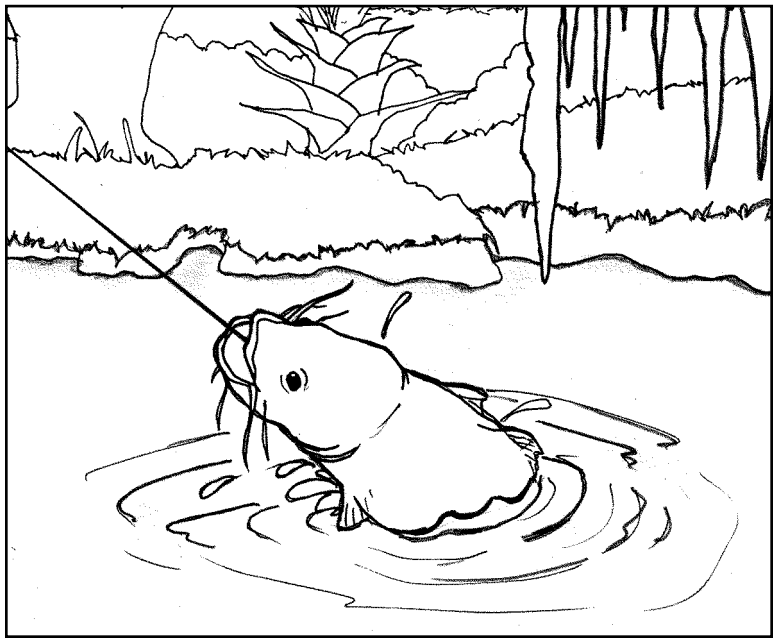
Trepé los escalones cubiertos de musgo y saqué la línea de mi bolsillo. Me senté arriba del todo, me colgaban las piernas, reflejándose en las mansas aguas del hoyo de agua sucia. Me asomé y arranqué un buen trozo de musgo. Allí, todos jugosos y blancos, estaban los más grandes y rollizos gusanos que hayas visto. Pinché uno en mi anzuelo sin lengüeta y lo dejé caer al agua dando giros. Se hundió hasta que no lo pude ver más; la boya roja y blanca era el único signo de que algo sucedía.

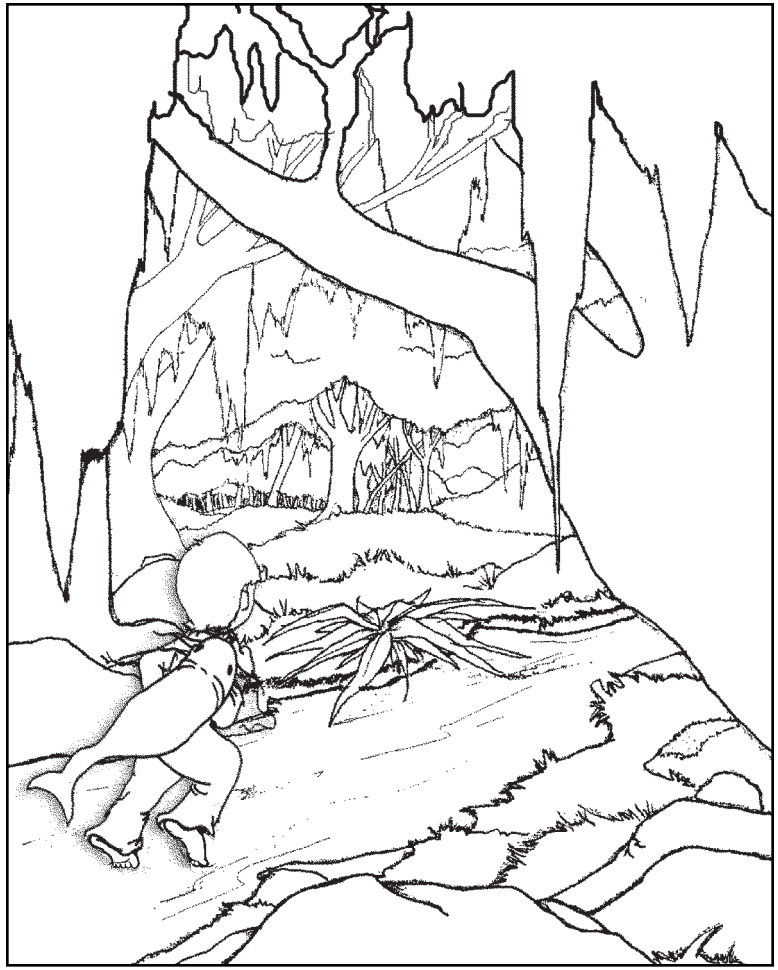
Encorvé mis hombros y esperé porque eso es lo mejor y lo único que puedes hacer si es que vas a pescar un bagre ganador de una competencia.

El sol se abría paso, resecándome la cara, y a la distancia podía escuchar a mi abuelito jactándose de que ya había ganado la competencia y que mejor me diera por vencido.

Nunca me di por vencido. Con la luz deslizándose bajo el helecho y pasando por alto el agua negra, cambié de cebo por octava vez sin haber tenido un pique. Justo cuando el sol estaba más abajo que mis esperanzas, la boya se deslizó lentamente para abajo del agua y desapareció en la profundidad. Era el golpe que había estado esperando.

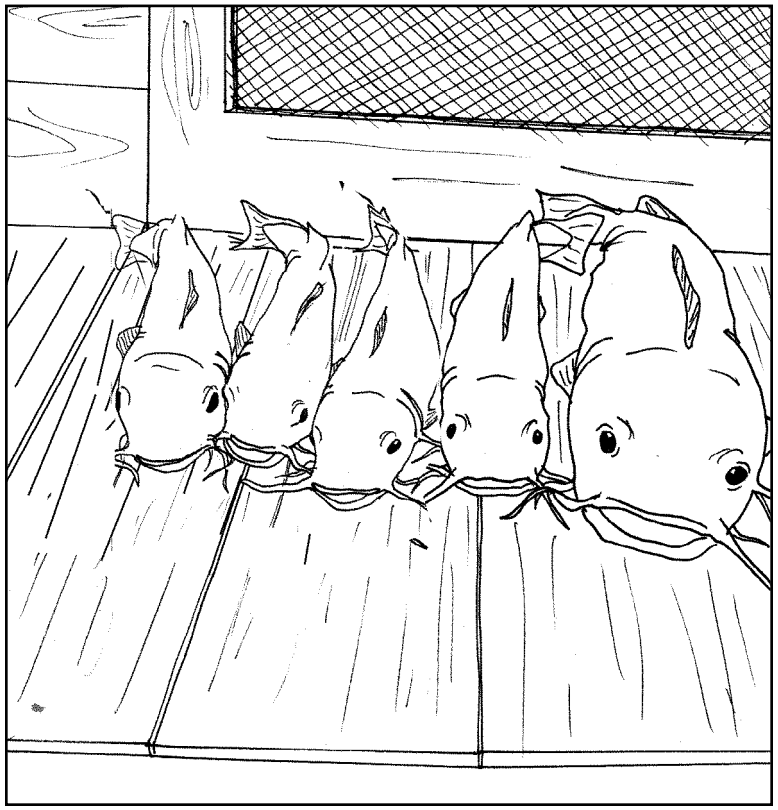
Dejé que la línea se deslizara por entre mis manos, y esperé pacientemente para enganchar el anzuelo. Cuando hubo menos de dos pies de línea, la envolví alrededor de mi mano derecha y jalé para atrás con fuerza. Hubo un tirón del otro lado que casi me tira del escalón, y luego pulgada a pulgada comencé a retirar la línea con el bagre que parecía una ballena. El viejo Moby era fuerte, y la piel de mis manos se trituraba como moño de cumpleaños cuando tiraba de la línea por entre las palmas.

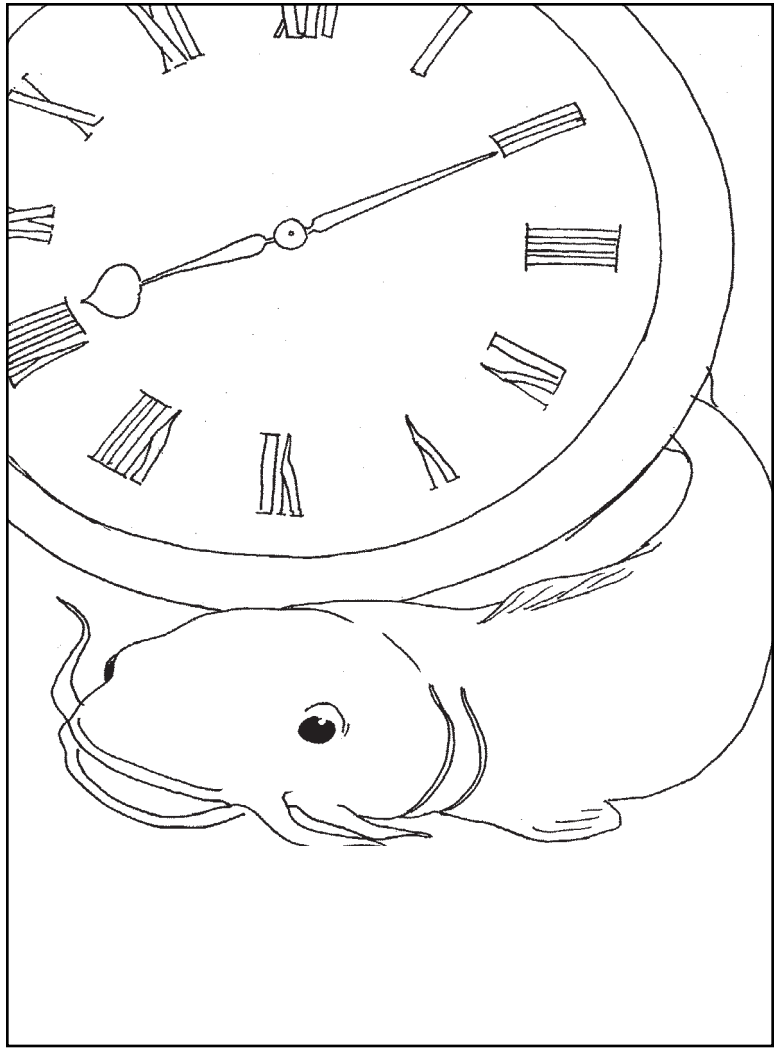




Para cuando saqué esa bestia del agua, estaba oscuro y apenas podía verla, pero mis brazos y mi espalda podían sentir su poderoso peso. Seguramente me ganaría la caña de pescar. Como estaba oscuro, tenía menos de treinta minutos para llegar a De Diego.

Con el pesado premio sobre la espalda, corrí. Me resbalé tres veces, me caí dos, y finalmente arremetí contra los escalones de Semillas y Forraje. Estaba lleno de gente del pueblo. Debo haber sido un espectáculo de ver, me sangraban las manos, los jeans rotos de las caídas, pero estaba allí. Por lo que se podía ver, mi bagre, el viejo Moby, era el pescado más grande que se había atrapado.



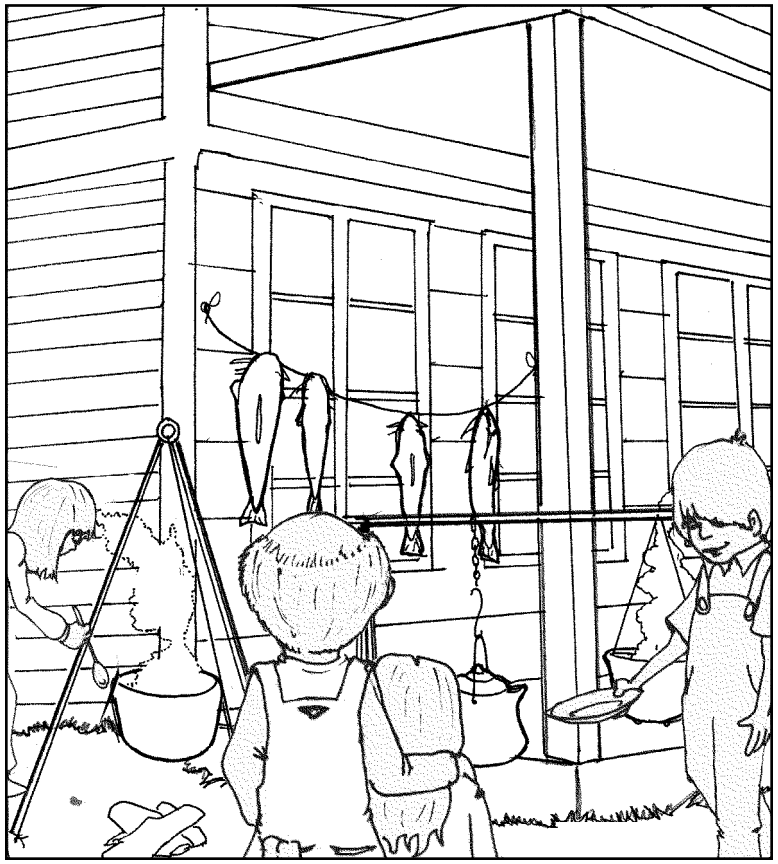


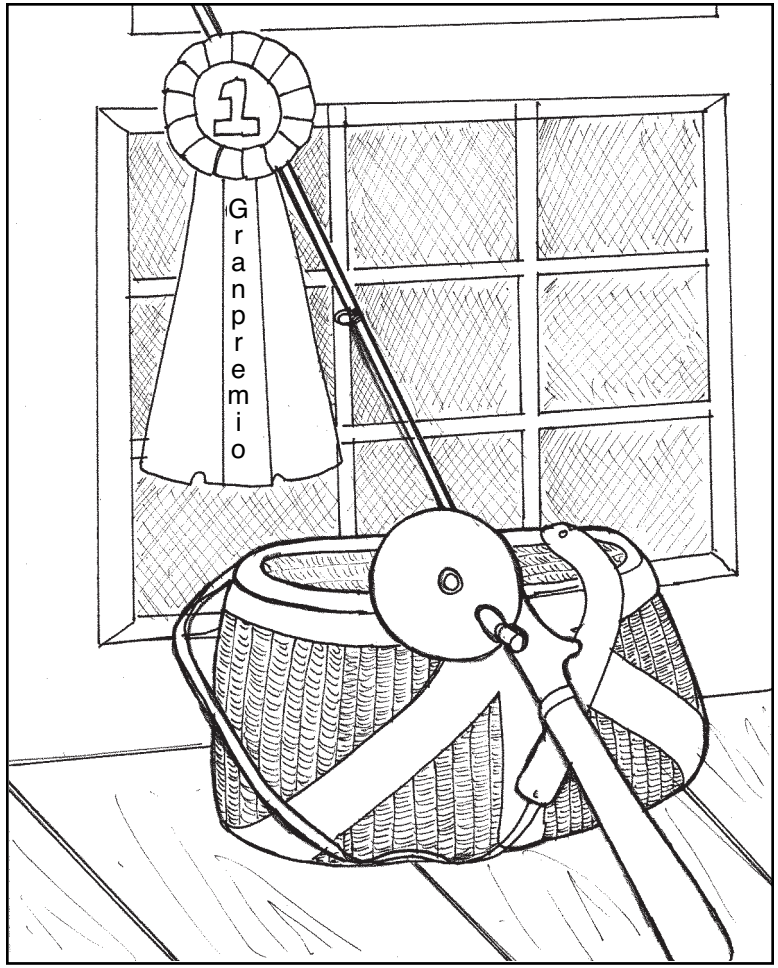
Luego, no hubo dudas de que realmente había atrapado el pescado más grande.

Luego, no hubo dudas de que realmente había llegado diez minutos más tarde.

No hubo dudas de que mi abuelito ganó el primer premio con su pequeño y endeble bagre que tenía la mitad de tamaño del mío.

En general, no había terminado del todo mal. Mientras las mujeres del pueblo cocinaban los bagres, los hombres, los hombres mayores, se reunieron a mi alrededor y fanfarronearon sobre mi habilidad.





De alguna manera eso me hizo sentir mayor.

Mi abuelito nunca supo que mi plan secreto era darle la caña a él de todas formas.

Parece que las cosas siempre terminan de esa manera en Villa Tranquila, mi pueblo.